

BRAULIO ARENAS

EL CERRO CARACOL

LA MUERTE

LA MUERTE pasa por la calle, se cruza con un caballero, y después se pierde de vista.

Reflexiona la muerte:

—Este señor no sabrá nunca cuán cerca ha estado de la muerte.

Reflexiona el caballero:

—Yo no sabré nunca cuán cerca he estado de la muerte.

PAISAJE

El oro del mar y el negro del cielo se exponían sus sirenas y sus ángeles.

—¡Déjate de ángeles! —le decía el mar al cielo.

—¡Y tú, déjate de sirenas! —le replicaba éste.

Sólo la tierra no decía nada, porque ella no quería dejarse de sus gnomos. Ella no quería dejarse ni de la noche ni del amor (y estos colores sangraban en el jardín).

Los pájaros de pechera amarilla cruzaban la noche de escritura cerrada.

Y nosotros, uno a cada lado del vidrio, acercábamos nuestros rostros, asombrados de la cercanía de la dicha, asombrados de nuestro propio poder.

El vidrio no existe ya, pero desde entonces has existido en la transparencia de mis sueños.

Cuando quiero convocarte, me basta acercarme al mar. El

océano, mujer, te transfigura, y se ha hecho tan pródigo que me entrega tu cuerpo sólo al precio de algunas lágrimas.

El cielo blande por un segundo sus nubes de letras pequeñas, y después las desgarrar con locura, sin bosquejar una palabra. Las sirenas ya no sostienen la causa del Gulf Stream, ni los ángeles el blasón del arco iris. Ahora viviremos por nuestra unidad, bastaba el amor para disolvernó para siempre en el encanto.

Y tú fuiste la razón y la raíz, es decir el azogue de la noche, su cristalización más pura.

EL AVIADOR

Esta era una salida de rutina, fácil y hasta agradable. Todo hubiera resultado a pedir de boca para el aviador, si no estuviera por medio ese famoso despegue a las cinco de la madrugada.

La tarea en sí era sencilla: se trataba de sobrevolar un cerro, distante treinta kilómetros del aeródromo, en el cual se suponía que el enemigo había emplazado algunas baterías.

No era ni siquiera cuestión de arrojar bombas, sólo era necesario lanzar uno de esos cohetes de moderna factura que se encienden al tocar tierra. La poderosa luz resultante del choque era suficiente para apreciar los emplazamientos del adversario.

Así pues, lo único incómodo venía a ser la salida tan de madrugada.

Era esta una mañana que se presentaba amenazante. Llovía desde el día anterior, con una lluvia helada que empapaba hasta los huesos.

Sin embargo, el aviador saltó de la cama, resueltamente, a las cuatro de la mañana, y después de bañarse y vestirse (postergando para el regreso la operación de afeitarse), se preparó por sus propias manos una taza de café, la que se sirvió en la cocina, mientras garabateaba unas líneas en un papel. Era este un borrador de carta para su mujer, quien estaba ausente en la capital. Quería escribir una carta bien meditada; una amenaza de divorcio estaba pendiente.

Bostezó con satisfacción. No había dormido un minuto en toda la noche, pero se sentía bien dispuesto.

Hacia las dos, en el momento que todavía se daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño (sus preocupaciones domésticas le tenían desvelado), sintió que alguien llamaba a la puerta de calle.

Era el propio jefe, quien venía a comunicarle personalmente la susodicha orden.

—Es esta una materia bien delicada —le susurró al oído, y el aviador se sorprendió ante la nadería que significaba sobrevolar un cerro (aunque estuviera lleno de enemigos), y la desusada importancia que parecía atribuirle su superior.

—La suerte de nuestras armas depende del buen éxito de su misión. Trate de no equivocarse en su reconocimiento. No se le exige que señale el número de baterías emplazadas, sino únicamente que nos diga si hay o no baterías.

Con un amistoso “buena suerte”, el jefe salió de la casa.

El aviador ya no pudo dormir y, por lo tanto, no es a un sueño que se pueda atribuir su aventura siguiente.

La pequeñez de la misión, el extraordinario interés que le confería a ella el jefe, la querella con su mujer, y otros mil acontecimientos semejantes, le arrebataron el sueño de sus ojos. Así fue, en plena lucidez y conciencia, que llegó al aeródromo.

Faltaban diez minutos para las cinco. Sus auxiliares habían llevado ya el avión que tripularía hasta la pista. La oscuridad no se había disipado en manera alguna, y tampoco había dejado de caer esa fría y agujereante lluvia.

Naturalmente, las luces de la pista no se habían encendido, a causa del enemigo. Esto no le preocupó, pues conocía el campo como la palma de su mano. Sólo le molestaba el silencio reinante.

Por mucho que se esforzó al entrar al aeródromo, a nadie pudo ver personalmente. Únicamente escuchó la confirmación de la orden, dada desde la torre de control.

—En fin —se dijo, metiéndose en la pequeña nave de reconocimiento.

Puso en marcha el motor, esperó que éste se calentara, y pronto el avión empezó a trepidar con ese temblor que le

encantaba. En seguida, llevó el avión hasta un extremo de la pista, esperó un momento y después lo enfiló a toda velocidad para el despegue.

Fue entonces, cuando el avión levantaba sus patas del suelo, como un centauro, fue en ese momento que el aviador miró hacia atrás. Y vio. En la pista (en la única pista, digamos, de este pequeño campo de aterrizaje de emergencia, habilitado únicamente por las necesidades bélicas), silenciosa, malignamente, tal a un escualo, unos hombres arrastraban otro avión, preparándolo también para la salida.

Al aviador le pareció curioso y anormal este nuevo preparativo. Tomó, sin embargo, tranquilamente la bocina que le ponía en comunicación con la torre de control, y preguntó:

—¿Hay novedad en la pista? —pero no obtuvo respuesta. La torre de control permaneció estúpida, malignamente muda.

Y fue en ese momento que sus nervios en tensión le advirtieron la falla de uno de los motores. Fue un ruido testarudo, seco y tartamudo, y en seguida algo así como una especie de torpeza paralítica. Hizo un esfuerzo, más mental que físico, llevó el avión hacia arriba, casi en línea recta, y después le obligó a dar una vuelta brusca y completa, en la cual perdió toda la altura conquistada y fue a dar nuevamente sobre la pista, atravesándola al ras, como un celaje.

El otro avión permanecía estúpidamente inerte en medio de la cancha impidiéndole el aterrizaje.

Acercó la bocina a sus labios, y a gritos se comunicó con la torre:

—Saquen el avión de la pista, voy a aterrizar, llevo un motor fallado.

Igual mutismo. Sólo las sombras tácitas.

Volvió a pasar por encima de la cancha. Pero ésta, en contados segundos, había sufrido una metamorfosis diabólica, más perceptible ahora, pues las primeras luces del amanecer se insinuaban por entre las sombras. Se trataba de un campo lleno de grietas profundas, un campo abandonado, un campo sobre el cual hubiera llovido azufre y sal, donde ni el menor vestigio de algo viviente podía advertirse.

¡Qué esperanza que el más insignificante aeródromo y la menor torre de control se pudieran sostener en él!

¡Qué esperanza que un jefe despertara en la noche a un aviador y le encomendara una misión simple que cumplir!

¿Se trataba, dicen, de observar si el enemigo había emplazado baterías en un cerro?

¿Y de qué cerro se trataba? ¿Sería aquel que los campesinos llamaban el Cerro del Demonio?

Pero no, no todo deberá ser inestable en esta aventura del aviador. Tiene que haber algo que se sostenga, algo que nos diga que no todo es desesperanza en esta vida.

Son los mismos campesinos de la región los encargados de iluminar en parte esta historia. Ellos mantienen una leyenda, una leyenda transmitida de padres a hijos con conmovedora perseverancia, una leyenda que se cuchichean unos a otros en las noches invernales, una leyenda (pero sólo se trata de una leyenda), una leyenda que asegura que hace doscientos cincuenta años hubo, realmente, un aeródromo en ese sitio (un pequeño aeródromo de emergencia, habilitado únicamente para las necesidades bélicas), y que, desde ese aeródromo, una madrugada partió un aviador en un pequeño avión de reconocimiento, sin que nunca más pudiera volver a él, y que en ciertas noches es posible ver el aparato moviéndose loco por el cielo, como una pretérita hoja de calendario.

EL JUEGO DE LA LUZ

Momentáneamente la luz busca asociaciones bizarras con los objetos de este parque. Ella (la luz) concede su imagen múltiple a los trozos del espejo. A las monedas de oro les concede el tesoro intacto de la infancia. Y a los pañuelos de batista, el resumen de la despedida.

Poseída por su propio vértigo, la luz exclama:

—¡Luz, más luz!

La luz se introduce en el parque como una estocada. Choca con los árboles. Provoca un ligero desequilibrio en la imaginación de las gaviotas y adelanta ligeramente su noche hacia el sol del reloj.

Estamos en la mañana de un bello día domingo. El mar, no lejano, nos trae el aroma del eucaliptus y de la ñipa. El mar grita con garganta salina; sueña con la exactitud de un amante.

Ella y yo. Nosotros compartimos el axioma encantado del juego de la luz (y para que este juego de la luz sea valedero tiene que jugarse de noche). En la noche más negra que se pueda conseguir, en la noche de este parque, nosotros (interiorizados) trazamos un círculo combustible, en el centro del cual, una vez que las llamas se alcen por todas partes, nosotros dos estamos reunidos. De pronto ella hablará rápida, incoherentemente (y su incoherencia es relativa). Ella expresará el destino. En seguida avanzará hacia la línea de fuego. Pronto las llamas consumirán sus vestidos. Ella llevará su mano izquierda al rostro, atravesará el círculo llameante y se perderá en la noche.

Ella, lo sabemos, marcha en línea recta, volando casi, hacia el mar que la atrae. Ella está ausente, está interiorizada. Marchará para siempre, atravesará los mares, los espejos.

A mi vez yo atravieso el círculo, obediente a una orden misteriosa y encantadora. Pronto de nosotros no quedará nada. Es decir, sí, quedará el recuerdo de este amor vivido, una ráfaga, y acaso algunas lágrimas.

El juego de la luz.

De tarde en tarde lo jugamos para encontrarnos en la vida, en los sueños, en las tinieblas de la memoria. Yo grito entonces: —Eurídice, Eurídice.

En la etimología de nuestro juego, estas palabras significan: —Eureka, Eureka.

DIA A DIA

El vidrio de la ventana se ha quebrado anticipadamente. Unos decían:

—Han sido los colores del prisma al atravesar la noche para fijarse en el techo.

Otros culpaban al pez lápiz. Otros, al pez carta. Otros, al pez buzón.

Sólo que a la mañana siguiente, el vidrio de la ventana se veía intacto.

Nada, ni la menor trizadura, ni el menor color, ni el menor sello de correo.

Las olas del mar, como de costumbre.

EL GNOMO

En una pequeña rada, una mañana de domingo, en pleno verano, un cielo azul intenso, gaviotas, un barco carga algunas toneladas de cobre.

En el fondo de una mina, un gnomo muy pequeño (si esto se pudiera decir tratándose de un gnomo) duerme encima de una piedra.

La piedra es transportada en un carro eléctrico hasta un gigantesco horno.

Gesto de desesperación del gnomo por no poder despertar, lo que le salvaría de caer en la monstruosa boca del horno ardiente.

La piedra mineral y el gnomo se han fundido en un solo cuerpo, gracias al baño del fuego purificador.

Vista de una montaña. Esta montaña está llena de gnomos, casi todos vestidos con trajes de cuero, portando azadones y otras herramientas en sus manos, gnomos muy inquietos por la pérdida de su compañero.

Los gnomos gritan, empleando sus manos como bocinas.

La rada vista desde la montaña, el barco de carga se aleja lentamente.

En la cubierta del barco. Un marinero de elevadísima estatura, y con una barba blanca semejante a la de los gnomos, recoge una pequeña piedra cobriza y, después de examinarla atentamente por algunos minutos, la empuña en su mano y la lanza violentamente contra la costa.

La pequeña piedra cobriza atraviesa el aire como una centella. Rápida, cada vez más rápidamente. La fricción del aire va quemándola, haciéndola arder, y pronto es un humo rojizo el que cruza el cielo.

Este humo rojizo empieza a descender sobre la montaña llena de gnomos.

La piedra cobriza, al contacto con la tierra, se convierte lentamente en el perdido compañero de esta raza de hombres subterráneos (nos referimos al gnomo desaparecido en el horno).

Este gnomo se despereza, lleno de satisfacción, como si hubiera dormido una profunda siesta.

LA MADRUGADA

Madrugada feliz de la cual el yeso trataba de sacar todo el partido posible.

Ciertas estalactitas en una jaula con barrotes negros cantaban el eterno grito de las chimeneas.

Pasaron tres muchachas, las tres apretando un ramo de flores contra sus senos¹.

Yo iba a partir, faltaban sólo algunos minutos para la partida.

Era imposible ser más extremadamente dichoso.

Incluso la mañana se presentía que sería luminosa y clara.

¿Esas tres muchachas tendrían alguna significación en mi vida?

—Bah —dije, como cuando uno no piensa en nada (o piensa en todo).

Pero después de haberlas perdido de vista, pensé por qué razón había afirmado con tanta seguridad que todas apretaban un ramo de flores contra sus senos.

—Bah —repetí, y entonces pensé en aquellos misterios a los cuales no conseguimos acertadamente darles un nombre, y que parecen flotar como abejas en torno de esos ramos que, en las madrugadas, jóvenes mujeres estrechan contra sus senos.

EL EMPERADOR

A los pocos años de ser fundado el Imperio Chino se estableció una ceremonia muy curiosa. Se exigía por ella que el

¹*Ellas se llamaban Axa, Fátima y Marién.*

emperador recién coronado, fuese de casa en casa para comunicar personalmente su designación a los súbditos. Esta ceremonia era posible en razón de la pequeñez del territorio, unos tres kilómetros cuadrados, y de la pequeña población que lo habitaba, unas ochenta familias a lo sumo.

Pronto esta ceremonia degeneró en abuso por parte de los chinos: cuando el emperador golpeaba la puerta de una casa, para comunicar al jefe del hogar su nombramiento, éste no le abría. Generalmente estaba bien enterado de quién era el que golpeaba, pues la consagración del emperador era pública y la ceremonia de su anuncio la seguía casi inmediatamente. El pueblo chino había razonado de esta manera: mi casa es demasiado humilde para que sea visitada por el propio emperador. No puede ser él, por lo tanto no le abro. Que golpee otro poquito, para que me empape bien del conocimiento de que es él, él mismo, el emperador, quien honra así mi morada.

Al emperador no se le escapaba la socarronería del razonamiento. Daba golpes furiosos contra la puerta, hasta que le abrían; y entonces, cuando el jefe del hogar estaba frente a él, le dirigía una huraña genuflexión, y se iba rápido a golpear la puerta siguiente.

Como el imperio chino, con el transcurso del tiempo, fue haciéndose más grande, y cada vez más densamente poblado, la ceremonia se tornaba cada vez más obsesionante y penosa. Cuentan las crónicas que los últimos emperadores que mantuvieron la ceremonia, se pasaron la vida entera yendo de una casa a otra.

Huan, el colérico, abolió de golpe la ceremonia. El día de su coronación se dirigió, acompañado de sus guardias, a un hogar chino. El jefe de la familia le vio venir y, siguiendo la costumbre, cuando el emperador golpeó su puerta, no le abrió. Entonces Huan, el colérico, de un puntapié echó abajo la puerta, hizo que sus guardias le cortaran la cabeza al jefe del hogar y a toda su familia, mandó incendiar la casa, espolvorear sal sobre los escombros, y se volvió a su palacio.

Desde entonces, por un acuerdo tácito entre el emperador y el pueblo chino, nadie volvió a pensar más en continuar la ceremonia.

EL CICLOPE

De aquel ojo llorado por veinte generaciones de cíclopes, ya no quedaba una mirada. Los ojos azules de la joven bicíclope decían siempre veinte años a los sueños. Almohada de la realidad, al otro lado una avenida de eucaliptus mimetizaba sus pájaros en corpiños blancos y las jóvenes tricíclopes se los ponían alborozadamente, corpiños todavía palpitantes, corpiños todavía tibios, y que aún tenían la ansiedad de plumas aptas para el vuelo.

Estos corpiños y estas cabelleras era todo lo que la noche permitía ver al joven cíclope, a este ser ya ciego para siempre. Porque actualmente los cíclopes son ciegos, así como ya las rosas no cantan como antes. Hubo un tiempo en que las rosas cantaban, y los niños lloraban, y no como ahora que se quedan con sus ojos abiertos cuando tienen hambre. Hubo un tiempo en que los peces mascaban tabaco y escupían, un tiempo en que las casas de la ciudad tenían tejados de oro para que se posaran en ellos las gárrulas golondrinas.

El cíclope ciego podía entonces guiarse por el oído y reconocer, entre todas, la isla natal. Ahora sólo distingue algunos corpiños fosforescentes que se deslizan por la noche agria. Algunos corpiños y las cabelleras de algunas mujeres que se congregan en la avenida, bellas mujeres, volantes y felices. A ellas se aproxima, pero las oye borrarse súbitamente. Entonces vuelve a tender su almohada en el suelo para soñar con ellas, mas su sueño ahora es otro. Un diamante ardiente se ha clavado en el ojo de su frente, y él grita y se despierta, pues hubo un tiempo en el cual el amor lo era todo, un tiempo en el cual el sol era un espejismo, ya que se veía de lejos pero no de cerca.

EL TANGO

Un music hall europeo.

Una pareja de bailarines profesionales baila un tango.

En la cocina del establecimiento, un mozo que ha preparado una bandeja con bebidas, lucha desesperadamente con un

ave gigantesca (el ave roc) que se ha introducido por una ventana y quiere sacarle los ojos a picotazos.

El bailarín de tango se inclina hacia su partenaire y susurra a su oído un nombre: Margarita. La mujer se estremece voluptuosamente, y entorna los ojos.

El ave gigantesca (el ave roc) ha conseguido arrancarle los ojos al mozo del establecimiento.

Aparece en la cocina el gerente del music hall (correctamente vestido de frac), y al ver los destrozos provocados por el combate del ave contra el mozo, insulta a éste groseramente, sin preocuparse mucho por sus heridas y su ceguera.

El gerente toma la bandeja, la que se ha conservado milagrosamente intacta, y la lleva a los parroquianos del music hall.

El gerente, como tiene ocupadas sus dos manos con la bandeja, empuja la puerta de la cocina con el pie.

La puerta es de dos batientes, y continúa oscilando después que el gerente ha salido.

El mozo, con el rostro bañado en sangre, ciego y vacilante, se dirige a la ventana abierta y salta por ella.

El ave gigantesca (el ave roc) planea por encima del desierto.

La pareja de bailarines profesionales termina su número. La joven bailarina, en medio de los tempestuosos aplausos de la concurrencia, toma de una mano a su compañero y lo muestra al público. Este bailarín es ciego.

EL ENCANTAMIENTO

Ella miró al mar durante un largo rato.

Después le volvió la espalda y echó a caminar hacia su casa. Desdeñosa, aparentemente.

Pero, desde la misma orilla, su mano abierta había dejado un reguero de sal, como quien siembra, como quien trabaja.

Este hilo de sal iba desde la orilla hasta el umbral mismo de su mansión.

Ni una vez tan solo ella volvió la cabeza para ver si el mar la seguía.

Sin embargo, bien sabía ella que el mar, como un pigmeo africano, había lamido la sal y había caído en sus redes.

EN LA POSADA

La hermosísima posadera se había retirado ya cuando me asaltó la idea de preguntarle su nombre. Este deseo mío era absurdo por cuanto, en un instante más, después de beber la cerveza que ella había ido a buscar, yo debería continuar mi camino.

Este era un camino horrible, fangoso, intransitable.

Yo me encaminaba a la ciudad vecina, pero el cuadro no era alentador.

De pronto, la posada apareció, misteriosa, en un recodo del camino.

Algunas mesas estaban dispuestas en el exterior, esperando la llegada de presuntos comensales, tal vez leñadores de los bosques vecinos.

Sin embargo, todo (la casa, el camino, el color infernal del cielo, el paisaje mismo), todo demostraba a las claras que nadie concurriría nunca a esa posada.

Ella me esperaba.

Y de pronto, después de tomar asiento y de encargarse la bebida (la hermosísima posadera, una joven de rubios cabellos y de vestido blanco que dejaba al descubierto sus hombros mórbidos), el nombre de la ciudad se borró súbitamente de mi memoria.

Un gran terror se apoderó de mis sentidos. Todo se hizo oscuridad a mi alrededor.

A la verdad, ella era hija de los dueños de la posada, quienes habían huido a causa del regicidio.

Quise llamar a la posadera por su nombre, como si este nombre me pudiera hacer recordar el de la ciudad. Pero ella había franqueado el umbral y desaparecido en el interior de la posada.

Lleno de desesperación permanecí un largo cuarto de hora sentado ante mi mesa.

Quería gritar, pero no cualquier cosa, quería gritar un nombre.

Y mientras tanto bien sabía yo que alguien, detrás de una ventana del piso alto, me observaba inquietamente: la reina me observaba, ella me esperaba.

Y cuando tambaleándome como un ebrio, logré incorporarme de la silla y dirigirme con una mano extendida hacia la puerta de entrada...

ANIVERSARIO

¡Parque, cuidado! Las alondras duermen. La lluvia ha dejado una capa de barro en la cual nuestros zapatos se hunden. Nosotros reímos. Reímos de esta absurda estatua. Reímos de verme tan niño, de verte tan grave.

Una trenza que tú no habías tenido nunca antes, cae ahora sobre tu espalda.

Es casi de noche. Pero, ¿cómo se vino la noche tan de golpe? Es absurda esta noche jadeante que corre de meridiano en meridiano, siempre en busca nuestra.

Las alondras empezaron a sembrar el cielo de gritos tenebrosos. Tú tomaste la trenza entre tus manos y, fingiendo seriedad, miraste el cielo.

Durante veinte años y más, he recorrido este parque, este mismo parque, bajo iguales noches de lluvia. Las alondras cruzan alborotadas el cielo, con sus mismos gritos. La noche corre de meridiano en meridiano, jadeante. Mis zapatos se hunden en el barro, y ya no puedo avanzar. Ni más está decir que en el parque no se ve un alma.

(Siempre me han conmovido esas singulares expresiones que indican soledad: "No se ve un alma; no había un alma".)

¿Y tú alma que conmigo cruzaste el parque en aquella noche de julio de 1929, y que tenías, para divertirme, el rostro grave de una mujer, aunque eras tan solo una niña; tú, la que conmigo reíste; tú, la que en un raptó de especial belleza te sacaste el sombrero, un pequeño sombrero de colegiala; tú, la que te arremolinaste la cabellera para hacer volver a su centro a una trenza rebelde; alma mía, es que estás invisible ahora y por eso dicen que no se ve un alma?

¿Es que, invisible, vas donde las alondras que duermen, y

soplas sus plumas en estas noches de lluvia, para que ellas, por un momento, vuelen gritando, y para que después se serenen y encuentren el reposo en sus nidos calientes?

¿Es que, invisible, me dices que el amor es el heredero en línea directa de la infancia?

¿Es que?

¡Basta ya de interrogantes! ¡Basta ya te digo, viejo parque!
¡Basta ya!

Yo recupero la noche como quien recupera el conocimiento.

LOS TRES MOSQUETEROS

En el *Diccionario de las aberraciones* figura la siguiente definición de la palabra hipobulia: "Ansia obsesiva de realizar inmediatamente cualquier tarea". O, dicho en otras palabras, "no dejes para mañana lo que puedes leer hoy".

A este respecto, el pequeño Gustavo fue protagonista de una anécdota conmovedora.

Hacia los siete años de edad era ya un lector infatigable. Leía todo cuánto caía en sus manos, sin discriminación, y prolongaba su lectura hasta avanzadas horas de la noche.

Pero una vez se hizo un cálculo bien desdichado. Por amigos suyos, y por el conocimiento que tenía del autor, sabía que la lectura de *Los tres mosqueteros*, de Dumas, le procuraría un placer insospechado. Y se dijo:

—Voy a reservarme la lectura de este libro el mayor tiempo posible. Y así mantendré este placer en reserva.

Pasaron los años, el pequeño Gustavo se hizo hombre, y después viejo; y hasta el último instante postergó el placer de la lectura de *Los tres mosqueteros*.

Hacia el final de su vida, ahora juicioso lector de libros de erudición, sabía que el placer de esa novela de Dumas se había agotado en él, en virtud del mayor conocimiento de la vida, se había agotado, digo, como la miel de un infantil panal.

Y nunca la leyó.

Por eso, el otro día, frente a su ataúd, yo pensaba con imaginación desatada en Milady Winter, en Porthos, en Richelieu, en Aramis, en Ana de Austria, en el noble Athos y en el hu-

mano d'Artagnan (considerando que todo lo que yo sé de la historia de Francia se lo debo a Alejandro Dumas), y la imaginación mía era como una corona de flores para este pequeño Gustavo, muerto sin haber leído el único libro que verdaderamente ansió leer.

EL PATIO

El patio sembrado de latas de galleta, patio sin una ventana, sin una puerta, y cuyas paredes están tapizadas de vidrios, en ese patio algunas mujeres toman el sol vestidas con delantales blancos.

Afuera un ómnibus rechina; el día está quieto.

Pero, ¿quién me ha informado tan mal?

Hay puertas, muchísimas puertas y ventanas. Las mujeres han limpiado el patio hasta de la última lata de galleta, y sacuden los naranjos llenos de hormigas. Por las puertas y ventanas entran muchísimos niños como si regresaran de un colegio vecino; las mujeres los acogen con sus rostros radiantes.

Vuelve a oírse el ruido del ómnibus, la tarde declina.

Pero, ¿quién me ha informado tan mal?

Estas mujeres están muertas, definitivas, lejanamente muertas, sus hijos han crecido, han crecido tanto, que podrían ser tomados por cualquiera de nosotros.

FÁBULA

Un pastor se encuentra con un lobo.

—¡Qué hermosa dentadura tiene usted, señor lobo! —le dice.

—¡Oh! —responde el lobo—, mi dentadura no vale gran cosa, pues es una dentadura postiza.

—Confesión por confesión, entonces —dice el pastor—; si su dentadura es postiza, yo puedo confesarle que no soy pastor: soy oveja.

HECHOS DIVERSOS

El mar, el mar dormía de proa y se llenaba el cuerpo de tierra. Lejos estaban ya los últimos escándalos del faro, la

noche fratricida y aquel regreso en la imperial del tranvía.

El mar recuperaba su vigor, su estrecho de Torres, y lanzaba sus icebergs en contra de los balleneros.

En los muros florecía la vellorita, y las ventanas de la casa ostentaban herméticos blasones de una complicada simetría.

La lluvia caía a torrentes para usucapir el mar, y la trama de la selva estaba rota en mil pedazos.

Inútil concordancia, los relámpagos nubios sacuden los desiertos libertinos, la hora avanza, la hora más negra y de la cual me he burlado siempre.

EL CAMELLO

El sol cae a plomo en un desierto de Arabia.

Algunos beduinos duermen en un oasis.

Un camello estira su cuello, y mira hacia la lejanía.

El camello ve aparecer en el horizonte a un viajero extraviado.

Este viajero se arrastra penosamente por las dunas.

El viajero está muerto de sed, de hambre y de fatiga. Pronuncia un nombre de mujer, con agónico acento: Ester, Ester.

El viajero se dirige al oasis arrastrándose, siempre seguido por la mirada del camello. El animal atisba curiosamente, tanto al viajero como a los beduinos dormidos.

El ave gigantesca (el ave roc) cae como una flecha sobre el viajero y le levanta la cara con su pico acerado.

(Ahora se observa que el viajero es ciego, tal como el bailarín profesional que aparece en uno de los capítulos anteriores de este mismo relato.)

El viajero acaba de ser socorrido por los beduinos. El jefe de ellos le da a beber un vaso de agua y en seguida le invita a que cuente su historia.

ARGUMENTO

Un árbol cuyas hojas son e mudas echa sobre la alfombra de la escalera (escalera de hollín de la vida) sus últimas cartas, es decir, sus últimos veranos. Millares de mujeres suben rien-

do la escalera y tropiezan con millares de hombres que la bajan llorando.

Por un instante la tierra gira razonablemente (del verbo enloquecer). Breves miradas entonces se intercambian. Breves palabras, fugaces apretones de mano.

Un colegio entero se despuebla, un alegre coro de hojas verdes anuncia la llegada de la desconocida. Todos los signos del zodiaco tejen una corona en el aire. Lo alto y lo bajo abren las puertas de la ciudad. Las golondrinas, muertas en pleno verano, son negras y luminosas, como la obsidiana. Esta mujer tiene los ojos azules porque así lo quiero. El molino ríe por todas sus preguntas, así como la harina llora por todas sus respuestas.

Migajas del invierno, los copos de nieve van a grabar el monograma del par de corazones, las liebres corren a consultar el reloj de la plaza del mercado, un cazador sin impaciencia balancea el fusil, el péndulo tiene una curiosa visión de norte a sur. Cada mujer lleva en sus ojos un ramo de dedales de oro para tanto inútil desfiladero. Llevan el amor sin derramar una gota. Bajan la escalera cuyos escalones son los verbos irregulares de la realidad.

Los hombres llevan en sus párpados la sal cristalizada de los sueños, los ojos son interiores, nunca más volverán a cerrarse. Suben la escalera cuyos escalones son los verbos transitivos del amor.

Los deshollinadores esperan sin impaciencia que el fuego termine su tarea, para ellos, entonces, comenzar la suya.

LA CABRA FILOSOFICA

La parte trasera de un gran camión.

Este camión está acondicionado como carro de mudanza, y en él se traslada una familia numerosa, con todos sus enseres, de un pueblo a otro. En la parte trasera del camión se ve a una joven que sostiene entre sus brazos a incontables niños. Visto de más cerca, el camión cargado hasta el tope.

Es un camión que transporta a una familia gitana.

Otra vez la parte trasera del camión, ahora en gran primer plano: se ve una cabra, y pronto sólo la cabeza de ella. La

cabra mira hacia el camino que el camión va dejando atrás, con una mirada casi humana, mientras masculla algo entre dientes.

Asociación de ideas inmediata entre esta cabra y la cabra demoníaca de Esmeralda (la gitana de "Nuestra Señora de París"). Montado en su caballo de mediodía galopa el capitán Febo.

La cabra sigue mascullando entre dientes; se advierte que una gran preocupación la invade, no tanto por ella (a ella le basta un cerro pelado para subsistir), sino por esa familia de gitanos de la cual realmente forma parte, como un elemento, como una hija más.

La cabra sigue mascullando entre dientes, y parece decir: —¿Qué suerte le reserva Dios a esta familia? ¿Obtendrá la felicidad espiritual y material en el nuevo pueblo a donde se dirige?

La cabra sigue mascullando entre dientes, y vuelve la cabeza hacia la joven que va también en la parte posterior del camión, como diciendo:

—¡Pobre Esmeralda, cuántos siglos de sufrimiento, y cuántos más todavía!

Se advierte ahora que la cabra, en medio de sus preocupaciones por la familia que la ha adoptado, no ha echado de ver que lleva roído todo el asiento de una silla de paja (y esto no por apetito, sino por nerviosidad), una silla de paja, uno de los bienes más preciosos de esa familia de gitanos.

La cabra sigue mascullando entre dientes, es decir, sigue comiendo la paja de la silla.

Al pasar nuestro automóvil el camión de los gitanos, la cabra nos dirige una mirada tan humana, como poniéndonos por testigo de tanta desventura, nos invoca con tanta fuerza, convencimiento y persistencia nuestra piedad, piedad por esa familia a la cual los vaivenes del destino ha hecho subir a ese camión para ir de un pueblo a otro, tratando de alcanzar la felicidad que siempre parece alejarse de los pobres, digo, es tan humana la mirada de esa cabra, que no pide por ella sino por los demás, que siento que las lágrimas humedecen mis ojos.

LA DISCUSION

Dos señores discuten apasionadamente en la mesa de un restaurante.

El uno, cegado por la cólera, rompe la primera cosa que encuentra a mano (una botella de champagne), en la cabeza de su adversario.

El herido, tranquilamente, le interroga:

—¿Usted cree que está bautizando un trasatlántico?

LA SEGUNDA EDICION

En Chile siempre ha sido un problema publicar la segunda edición de un libro. El poeta, por esos días había conseguido agotar la primera. Se encuentra en la calle con un amigo.

—¿Cuándo publicarás la segunda edición de tu libro de versos? —le pregunta éste.

—¿Por qué esa pregunta? —le inquiera el poeta, agradablemente sorprendido.

—Mi hija, de tres años, acaba de comerse las últimas páginas de la primera edición —le responde el amigo—. Le han gustado mucho, y quiere más. Pero en las librerías me han dicho que el libro está agotado.

(Además de los libros de poesía, le confiesa su amigo, su hija prefiere los libros de hidráulica y los de patología.)

PARA MEMORIA

Fuerza intercambiable del amor, fuerza inmóvil, desplazándose en sí misma.

Fuerza inmóvil como una lámpara, alimentándose tanto de su luz como de su tiniebla.

La nieve crea sus aleros; la nieve, consecuencia de las golondrinas.

El silencio estalla a besos, una mirada de besos baja sus párpados.

Fuerza del amor, debilidad del recuerdo.

Y el amor, en un sisma de bosque, hace revolotear las hojas amarillas y estas hojas amarillas caen en un río negro

que atraviesa el bosque, y las ondinas, con sus tules de perfume de eucaliptus, se peinan sus cabellos en los cuales está resumida su existencia.

Ellas están petrificadas, viven para adentro, y adentro se sangra con trabajo.

Ellas han recibido su ofrenda de hojas amarillas; ellas viven para estas hojas, por estas hojas, por estos tules; viven también para esta lámpara, por estos párpados.

Debilidad del recuerdo he dicho, y el oro impreso en estas hojas del verano, como la luz en la lámpara, como la tiniebla.

*

* *

En estos párpados, encerrados a su vez dentro de una mirada, las golondrinas buscan sus recuerdos.

Los recuerdos caían al estanque, y ágiles nadadores de estrellas se descuartizan innecesariamente en pos de su revancha.

Vibraban las luciérnagas perdidas de su propia luz, de su propio bosque, de su propio mármol: la mesa de mármol y el herrero de barba blanca conversando con la hija del verdugo.

La puerta giratoria iba a proceder en sentido contrario para hacer un almácigo de hombres y mujeres.

Era la tarde, aunque no necesariamente, era también la aurora, una aurora que estaba bien y que había salido a conversar afuera.

Sin importancia, sin importancia, gritaban los sauces inclinándose sobre el estanque, sin importancia, sin importancia, como sobre la felpa del palco, sin importancia, sin importancia, y no se extrañaban ya de la cabeza que sobresalía de las aguas, una cabeza de niña, una cabeza infantilmente interrogante.

Miradas de diestra a siniestra, como golondrinas, como una bomba de incendio, como un cuarto de hotel cerca de la estación de ferrocarril.

La puerta no cesaba de girar, como un caballo alrededor del estanque.

Paso a paso, sin importancia, sin importancia, hora retrasada con minutos exactos.

*
* * *

El tiempo sin razón de ser (el ser sin razón de tiempo): los yataganes yacían olvidados en el pasto crecido; a lo lejos, las ruinas del campanario mostraban las fauces de su cristalería, su humo negro que el cielo no quería hacer mejor.

Fogatas que ardieron a prisa, demasiado a prisa quizás, para darnos la ilusión de la noche, lentamente ardieron tal vez para que creyéramos en un alba definitiva; estas fogatas sobreviven en el estanque como fuegos fatuos, como fantasmas entrelazados, y los cuales dejaron su interior por el exterior de la sombra.

Oh, fantasmas yertos, que no sólo arrojan flores a las nubes, sino una paletada de tierra también para que estas flores crezcan más aprisa; fantasmas como molinos cuyas narices respiran el pan, el pan que transportan en sus delantales blancos.

Fuera de ti el silencio del fuego, sílaba por sílaba.

Tú echas el error en un río perfecto, la habitación en la cual nadan las ondinias.

Brilla la brisa de las cerraduras, los techos de plomo en donde canta un gallo rojo y colérico (su cólera no es mucha).

Precipitado, error tras error, río tras río, sílaba tras sílaba.

Este río refleja varios simultáneos encantamientos: el encantamiento de la infancia recuperada (representado por un bosque); el de la desaparición de la sonrisa del gato de Alicia Liddell (representado por un sombrero de copa); el del color granate (representado por una joven arrodillada oyendo voces); nuestras miradas caen en el río como piedras que borran nuestra imagen.

Oh espejo, oh maravilla.

*
* * *

Esta ciudad premonitoria cuyas auroras son insensiblemente semejantes a cascadas cristalizadas.

Esta mujer cuyos pensamientos se confundían con las palabras mismas.

Como la vigilia con el sueño.

Y los caballos levantaban sus dos patas delanteras al aire y sus crines se arremolinaban, con ojos de espanto, frente a la horda de los centauros, y el parque extendía sus nidos de piedad, el fruto recién abierto de sus granadas.

Y la tarde estaba convencida de que era hada, y en son de hada dictaba sus decretos.

Ella dictaba sus ríos a la campiña, dictaba sus aleros a las golondrinas, dictaba su sueño al hombre, dictaba sus lobos al trineo.

La tarde era demasiado violenta, tarde en un hilo, en el hilo a plomo de la memoria.

Por ella descendíamos, en un vértigo llamado corazón, en un correo llamado amor, en una palabra llamada vida.

Y esto es todo.

EN EL OCEANO DE NADIE

El siglo de oro de las sirenas corresponde en nuestra mitología al de la guerra de Troya.

Por esos tiempos, las sirenas reinaban sin contrapeso en todos los mares, eran temidas y respetadas.

Apenas se insinuaba en el horizonte aquella bruma que anunciaba su presencia, el terror y el placer se apoderaba de los marineros.

Corrían éstos despavoridos, de un lado para otro, y los bajeles mismos se balanceaban incoherentes.

Ellas se acercaban, seguras y todopoderosas, tendían un anillo de canciones en torno del barco, y esperaban sin impaciencia que los hombres se arrojaran al mar, como frutos maduros.

A partir de ese siglo, la decadencia de las sirenas ha comenzado.

Y esto por culpa de ellas mismas o, más bien dicho, de su canto, en el cual quedaron atrapadas, así como antes, con él, atraparon a los viajeros.

El hechizo de su canto se ha evaporado en razón del hechizo del canto mismo.

Es decir, las sirenas han cantado de siglo en siglo cada vez con más arrebatador entusiasmo; progresivamente el diapason de sus melodías ha ido en aumento, en forma tal que, a la hora presente, por mucho que canten, ninguna de sus notas llega a nuestros oídos.

Han traspasado el límite de las 80.000 vibraciones por segundo, y este canto inaudible para oídos humanos, se ha apoderado de sus cuerpos mismos, y por eso ahora, cuando salen al encuentro de los barcos, nada oímos de su canto, y sólo vemos de ellas un color fugaz, una rayas de luz que se desplazan centelleantes.

Es imposible para las sirenas actuales (nietas de aquellas que hicieron temblar a Ulises) detenerse en la pendiente del canto, y apenas modulan los primeros gorjeos ya están perdidas, sus gargantas no exhalan canciones, las sirenas se exhala ellas mismas.

Son como rosas que no exhalaran su perfume, sino que se exhalaran en pétalos.

No son melodías las que salen de sus pechos, son aullidos, alaridos.

Más que eso, son resplandores; las sirenas son ahora el canto transformado en luz¹.

¹MOSCU, 18 (A.N.P.).—Un nuevo invento soviético del ingeniero Constantin Leontiev, que permite ver en una pantalla la música que se interpreta en una sala, transformada en formas luminosas con los distintos colores del arco iris, será presentado en la exposición soviética de Londres dentro de unos días.

El principio de este invento, como lo explica el propio Leontiev en la revista "Komsomolskaya Pravda" es el siguiente: "la transformación del sonido en colores se realiza en un laboratorio especial situado fuera de la sala del concierto. Unos sonidos musicales son oídos simultáneamente por los auditores y los micrófonos. Estos van convirtiendo los sonidos en señales eléctricas. A continuación, estas señales son transformadas en un artefacto especial electrónico en el interior del cual se efectúa el análisis de la vibración del sonido tomando en consideración todas las transformaciones que se efectúan en el órgano auditivo del hombre. Finalmente, estas señales se convierten en otras que, a su vez, dirigen la luz y los colores".

Esta operación es lo que se llama un combinado luminoso que se presenta bajo la forma de un sistema complejo a base de funcionamiento

Hasta hace unos pocos siglos, aún recorrían con vano empeño las grandes líneas de navegación, y apenas veían aparecer un barco se arrojaban, sedientas, sobre él.

Pero ya habían dejado de ser las graves y señoriales brumas de antaño, brumas que se recortaban en lúbricos cuerpos de sirenas en las mentes de los marineros; éstas eran mujeres harapientas y coléricas que agitaban al aire sus cabelleras canosas, blandían al galeón sus puños amenazantes y vomitaban injurias por la boca.

Mas nadie las veía; los marineros trepaban a las jarcias como de costumbre, y baldeaban la cubierta; sólo el mascarón de proa guiñaba un ojo socarronamente a estas tristes mujeres.

Y ellas, a pesar de todo, se esforzaban por hechizar a la tripulación, y abrían sus bocas escarlatas y cantaban sus más bellas canciones.

Pero la cólera las dominaba, no tenían la serenidad suficiente para medir el diapasón, y ya las primeras notas que exhalaban eran unos chillidos tan intensos que ningún oído humano los podría registrar.

Los marineros que hubiesen mirado el mar en ese momento, sólo habrían visto cruzar por la superficie unos breves resplandores, muy difíciles de disociar del verde de las aguas.

Pero estas líneas centelleantes eran las sirenas.

Seguían al barco por largo trecho, cantando cada vez con aullidos más agudos.

Y por fin se daban por vencidas.

Se tumbaban de espaldas en las olas y, durante horas, sollozaban desesperadas.

Como algas calcinadas, las sirenas no comprendían por qué sus cantos ya no hechizaban a los seres humanos.

electrónico. El resultado de todos estos procesos es que las sombras luminosas aparecen en la pantalla. Estas sombras corresponden con precisión a lo que da el análisis espectral.

Es interesante señalar que la palabra humana, contrariamente a la música, no produce colores armónicos.

Según el inventor, la aplicación de este transformador electrónico no se limitará solamente al arte. En un próximo futuro, se extenderá también a la medicina y a la industria.

El Mercurio, 19-vi-1961.

Pero sea lo que fuere, lo cierto es que las sirenas, por mucho que lanzaran los más acerados epigramas en contra de estas nuevas promociones de marineros, lentamente se convencieron de que su hora había pasado.

Ellas ya nada tenían que ver con las grandes líneas de navegación, con estos trasatlánticos, con estos submarinos.

Y decidieron, pues, refugiarse en una isla distante de los ojos ávidos de los geógrafos.

Pero no abandonaron las grandes líneas todas de golpe.

Al principio fueron las más prudentes las que desertaron.

En pequeñas manadas, las sirenas fueron a olfatear todos los escondrijos del océano.

Hallaron una isla apropiada y en ella se instalaron.

Pronto grandes manadas de sirenas se desplazaron hacia ese lugar.

La isla era pequeña, apenas un promontorio madreporico con algunas cintas de corales, y desde lo alto semejaba un pulpo con todos sus tentáculos extendidos.

Por lo demás, el espacio no les preocupaba.

A ellas, de naturaleza sedentaria, les bastaba sólo una piedra para tenderse al sol y peinar sus cabellos.

Exactamente las sirenas no peinan sus trenzas como vulgarmente se cree; lo que hacen es recogerlas en sus manos y esto porque, aunque sus rostros en nada se diferencien del de las mujeres, cada una tiene un tercer ojo en la nuca.

Este ojo es del mismo color de los otros; azul, por lo tanto.

Así pues, el día entero las sirenas se preocupaban, más que de peinar sus cabellos, de recogerlos en sus manos para permitir la visión de este tercer ojo.

Con él miraban hacia el pasado, siempre hacia el pasado.

Cuando acechaban los barcos, no se preocupaban mucho de este tercer ojo.

Todo su acento, si así se pudiera decir, lo tenían puesto en la garganta.

Cantar, entonces, era su estocada favorita.

Algunas veces, al cantar a pleno pulmón sus viejas acechanzas, sus cerebros recogían simultánea y locamente las visiones unísonas del presente y del pasado, creando un cua-

dro único: el mismo barco, el mismo mar, el mismo marinero, la misma sirena.

Y si este tercer ojo, el del pasado, entonces actuaba por su propia cuenta, mostrándoles su error de perseverar en el canto cuando ya sus años de apogeo estaban tan distantes, a ellas les bastaba cerrarlo para esquivar la punta de ese alfiler doloroso.

Pero ya en la isla, este tercer ojo tomó un papel destacadísimo, y, por lo tanto, lo dejaban al aire libre levantando su cabellera con sus manos.

En ese pasado volvían a triunfar, se miraban en él como en un espejo, asistían nuevamente al esplendor de sus conquistas, y en fuerza de años de contemplarse en él, las sirenas, en la isla, volvieron a ser hermosas.

Como las sirenas nacen por generación espontánea, pronto se multiplicaron en el roquerío, y las jóvenes sirenitas, vueltas hermosas así como las otras, las viejas y experimentadas, gracias al reflejo intenso de su pasado y a la soledad isleña, sentían despertar en su sangre su verdadera personalidad, y ardían en deseos de lanzarse al mar para buscar la estela de los barcos.

Llenas de asombro, las jovencitas miraban a sus mayores cuando éstas les argüían que los seres humanos eran crueles y estúpidos, y que sus relaciones con ellos estaban rotas definitivamente.

Se les había prohibido, pues, a las jóvenes sirenas nadar más allá de un cierto límite asignado de antemano.

Cuando volvían estas jovencitas a la isla al caer la tarde, después de haber nadado todo el día en grandes círculos a su alrededor, bien se veía que el agua salobre no había calmado la sed de sus gargantas.

Salían cantando a la ribera, retorciéndose las manos con desesperación, o levantando sus cabellos para permitir la visión del tercer ojo, el ojo del pasado.

A través de él contemplaban el cuadro de una vida feérica, se veían como verdaderas sirenas envolviendo a barcos con sus voces perfumadas, mientras un mar más joven abría la palma de su mano y mostraba en ella el anillo de Polícrates.

Y ante esta visión, ellas estallaban en sollozos.

Hasta avanzadas horas de la noche, se las escuchaba reír como histéricas, llorar y cantar a gritos.

No es que el bullicio fuera una novedad en la isla, pero las sirenas mayores sabían cuánto sufrían estas jovencitas, y sentían piedad por ellas.

Por lo demás, en esa isla la actividad musical, llamémosla así, era muy intensa, y no sólo por parte de las sirenas, sino que hasta los mismos elementos contribuían a aumentar el bullicio reinante, como si se tratara de vivir, pero haciendo todo el ruido posible.

El mar, que azotaba las rocas, volvía al mar por la senda parlera de su cabellera blanca, de su resaca seca; los mirlos, únicos pájaros que moraban en la isla, habían dejado de ser un juego de palabras y concurrían con sus gritos a la belleza del paisaje; el cielo estaba eternamente cargado de rayos y truenos; y el grito del azufre llevaba, en ráfagas, el lenguaje de los alquimistas.

Pronto la isla fue un color expresado a gritos.

Pero, si desde dentro las sirenas se oían entre sí, nada se podía escuchar desde el exterior.

La isla era, por consiguiente, como una de aquellas primitivas radios de galena que requerían de un par de fonos para ser escuchadas.

Durante la noche, las viejas sirenas se retiraban a una amplia gruta para dormir.

De estas viejas sirenas ya no quedaba más de una docena, las otras habían muerto, y sus cadáveres flotaban como algas lacias en el agua fosforescente de la bahía.

Estas viejas sirenas, estatuas vivientes de la tradición, ya lo habían olvidado todo de todo, su tercer ojo se había marchitado, y si alguna vez canturreaban sus ardientes hechizos, lo hacían con una voz tan cascada que movía a risa.

Pero otras sirenas habían tomado el lugar de las muertas, y aunque ellas nada sabían del motivo, obligaban (por tradición) a sus restantes compañeras a no franquear el límite permitido, a no salir, si así se pudiera decir, de las aguas te-

rritoriales de la imaginación, a no aventurarse, pues en la ruta de los trirremes y de los trasatlánticos.

Las más jóvenes las obedecían entre sollozos, sin atreverse a inquirir la razón, una razón que las mayores también desconocían.

Un día de tempestad desatada, un barco fue a naufragar muy cerca de la isla de las sirenas.

Estas se congregaron todas, viejas y jovencitas, en la ribera, y siguieron con ansiosos ojos la agonía del barco.

La mayoría de las sirenas, con excepción de ese puñado de viejas neuróticas y valetudinarias que sobreviviera a las que un día llegaron a buscar el refugio de la isla, nada sabía realmente de los barcos.

Todas ellas los habían entrevisto a través del párpado deslumbrado de su tercer ojo, pero nunca habían visto un barco en persona.

Este era un pobre mercante con una vía de agua profunda, y estaba tumbado sobre un costado.

Sin dirección, las olas lo empujaban a su capricho, como prolongando el golpe final.

Desde la orilla las sirenas lo contemplaban excitadas.

Las más bizoñas y las más impacientes quisieron arrojarse al mar para ir a reclamar su presa, pero las mayores, las taciturnas, como se las llamaba en la jerga insular, las retuvieron violentamente por sus colas centelleantes, y con lágrimas en los ojos las convencieron, a gritos, de la inutilidad de su encantamientos.

Nunca, nunca se ha escuchado un canto de sirenas semejante.

No era un canto, era un prolongado chillido de venganza, de desafío y de victoria.

Las sirenas se revolcaban en la arena de la playa, se subían a las rocas y se lanzaban de cabeza al mar.

Poseídas de loca felicidad (o desesperación) echaban al viento sus cabelleras desatadas, levantaban sus colas centelleantes y erguían al barco sus senos pequeños.

Un escalofrío de placer sacudía a estas insensatas, y el paisaje endemoniado lanzaba también más gritos a la batalla.

Pero, desde el barco en peligro, ningún marinero advertía nada.

Donde estaba la isla, sólo veían un resplandor un tanto más acentuado que el del resto del océano, unas líneas de luz, brevísimas y frágiles.

Por lo demás, los marineros estaban muy preocupados con el naufragio inminente; no era, pues, el momento para pensar en sirenas.

Y éstas cantaban cada vez con más atronadores gritos.

El barco fue impulsado lejos por las olas embravecidas, las sirenas lo vieron desaparecer a la deriva en el horizonte, y no por eso se calmaron.

Sus roncas canciones estremecían luminosas la noche negra, y sus cuerpos, insomnes y parlanchines, se sacudían como estampidos de magnesio.

Velaron hasta el alba en la ribera, tensas como arcos lúbricos.

Y el alba les reservaba una sorpresa.

Los marineros habían aligerado el barco de todo el peso inútil, arrojando por la borda la mercancía que transportaba.

Entre los pasajeros del barco, iban unos recién casados procedentes de Birmingham en dirección a Calcuta, donde se establecerían.

Una de las maletas de la joven esposa fue arrojada al mar junto con la carga de la bodega.

En esa maleta iba su traje de bodas.

Ahora bien, las olas furiosas de la tempestad destrozaron la maleta y el traje, un harapo salino, fue a rodar hasta la isla.

La sirena que tuvo la fortuna de tomar el traje en sus manos, lo hizo primero tremolar al viento, y en seguida se lo puso.

Una exclamación de asombro salió de todas las gargantas. ¿Quién era esa dama, quién era esa extranjera?

Las sirenas la olfatearon sin reconocerla, y la sirena nupcial se dejaba examinar sin hacer un movimiento.

Aún más, y esto era lo particularmente extraordinario, ella permanecía muda en el centro de sus parlantes compañeras.

Muda y extática, como en un encantamiento.

Las otras sirenas vociferaban cada vez más fuerte, con mayor excitación.

Pero, ¿por qué gritan estas mujeres, qué dicen?

¿Y por qué la isla parece sacudida por un espantoso cataclismo?

¿Y por qué sus sienes la martillean, y por qué sus tres ojos parpadean como embozando la mirada de un canto, sin que una palabra brote de su tácito corazón?

¿Y por qué la isla empieza a girar como un disco de gramófono, cada vez más rápida, sin que una nota de música llegue a sus oídos?

¿Y por qué estas mujeres con colas de sirena o con trajes de baile muy ceñidos giran también, y por qué desaparecen en los colores de sus círculos vertiginosos?

¿Es que bailan un vals endemoniado?

Pronto fue sólo un color el que envolvió a la sirena, un color que cada vez se hacía más uña y carne con el de las aguas.

El mar estaba ya tranquilo y verde, la tempestad había cesado.

Ella nadaba, lenta y grave, por esas aguas profundas de las grandes líneas de navegación.

Sólo el traje de novia que el agua pegaba a su cuerpo la molestaba un tanto en sus movimientos, pero, por lo demás, la nadadora se sentía a sus anchas.

Pronto un barco apareció en el horizonte y ella, atávicamente, quiso soltar sus canciones hechiceras, pero su garganta permaneció muda, y esperó tranquilamente que un bote, desprendido del barco, la recogiera.

Mas, advirtió desesperada, si los marineros descubrían su cola de sirena, nunca la admitirían con ellos, la volverían a arrojar al mar, y le destrozarían la cabeza con sus remos.

Por esa razón, cuando la subieron al bote, ella estiró su traje de boda lo más que pudo, para ocultar su cola.

Al despertar al día siguiente en esa habitación de paredes hostiles, vio sentado a la cabecera de su lecho al médico de barba blanca y de mirada paternal.

Ella se llevó instintivamente la mano a la nuca para cons-

tatar si su tercer ojo había desaparecido, pues el pasado no le decía nada.

Esto no pudo saberlo, porque tenía la cabeza envuelta en unos vendajes.

Entonces pensó en su cola, trató de moverla bajo las sábanas, como hacen los recién operados a los cuales se les ha amputado una pierna.

Pero tampoco nada pudo saber.

—¡Mi cola, mi cola, mi ojo, mi tercer ojo!, gimió con desesperación. Y después se echó a cantar como una loca, como una sirena.

—¡Cálmese usted, mi querida niña! Pronto se restablecerá, la consoló el médico. Su cola y su tercer ojo están guardados en el armario.

Y luego, dirigiéndose a los estudiantes y enfermeros que estaban en la habitación, agregó el médico en voz baja:

—¡Miren que creerse una sirena! A veces estas histéricas tienen ocurrencias verdaderamente notables.

EL GATO

El gato había levantado una pirámide de sillas sobre la cama. Instalado en lo alto, el peso de su cuerpo hacía oscilar esta construcción, como los acróbatas de los circos.

La "prueba" consistía en acercarse lo más posible, peligrosamente, hasta la almohada, donde yacía un ramo de claveles. El gato aspiraba el olor con sabiduría, en un vaivén de locura, de aullidos, de sueños con tejados puntiagudos, los cuales, mal que mal, representaban la idea de la selva africana.

EL AVE ROC

El ave gigantesca (el ave roc) entra volando a un lujoso dormitorio de hotel.

El ave se acerca al espejo monumental y, frente a él, sus dos alas se convierten en dos brazos.

Se saca con una mano un alfiler negro clavado en su cabe-

za, y se convierte en la misma joven que bailaba el tango en uno de los capítulos anteriores de esta misma narración.

Ella va hasta el velador, encima del cual hay dos telegramas. Estos telegramas dicen lo siguiente...

EL VIENTO

Viento, interviene.

Aún es tiempo que el pájaro enhebre el propio hilo de acero de su jaula.

Viento para decirlo de una vez, viento de hilo de acero y que ha transmitido al cielo su nudo débil, su pulmón tocado.

Viento, hila tu propia libertad.

Pueden hundir esta jaula en el mar las veces que quieran, nadie echará de ver el error primero de la vida, el prisionero está afuera, la realidad adentro, y ellos, vida y prisionero, se intercambian sus tormentos mutuos.

Sí, tarde o temprano, el viento cesará de tejer su propia jaula.

PARVA SED APTA

Según sabemos por George du Maurier, los amores de Peter Ibbetson y la duquesa de Towers, contrariados por la realidad, tuvieron que realizarse en el sueño. Ambos soñaban el mismo sueño de amor, ella en su dormitorio, él en la celda donde estaba condenado a prisión perpetua. Este sueño inmortal de la extraordinaria pareja duró hasta el fin de sus días.

Sin embargo, lo que nunca la duquesa de Towers le comunicó a Peter Ibbetson fue la existencia del hijo nacido de sus nocturnas entrevistas.

Hijo del sueño, este hijo no podía conciliar el sueño. Fue confinado por su madre, desde pequeño, al ala sur del castillo, y por ella vagaba, insomne y alucinado.

Su única dicha era aguardar el regreso de su madre.

Y cuando ésta, al alba, aparecía, después de haber continuado su amor en sueños con Peter Ibbetson toda la noche, su hijo corría a su encuentro, se echaba en sus brazos lloran-

do de alegría, con palabras entrecortadas le reprochaba su ausencia, y a fuerza de besos la despertaba.

Este hijo murió a temprana edad.

La duquesa de Towers, para que ninguno de sus servidores se enterara del asunto, bajó de noche con el cadáver de su hijo en los brazos, cavó con sus propias manos una tumba junto al estanque, y le enterró ahí.

Años después (Peter Ibbetson y la duquesa de Towers estaban muertos desde hacía ya tiempo), los guías del castillo se habituaron a llevar a los visitantes hasta dicho lugar, y señalaban con gran respeto la inscripción que unas manos toscas y conmovidas grabaron en la piedra tombal.

Dicha inscripción dice así: "Parva sed apta".

EL AMOR

Ni un pensamiento mío al cual tu realidad no haya prestado su nitidez, ni un pensamiento mío al cual tu sueño no haya otorgado su pureza, ni un pensamiento mío al cual tu amor no haya hecho transparente como un diamante.

Desde el instante de conocerte tú has concedido a mi delirio tu frente intacta para que en ella se posaran mis imágenes deshechas. Sin ti yo nada hubiera sabido del mundo, tú me has revelado la almohada y la tempestad. Tu cuerpo se ha hecho transparente para que yo pudiera entrar hasta tu amor a devorar su fruto.

Para verte yo me cerré todas las puertas. Corté todo hilo, todo puente, toda salida. Quise estar contigo frente a frente. A solas contigo. No ha habido una hora del día y de la noche en que yo no haya estado a solas contigo. Ni en el sueño ni en la vigilia he dejado de estar siempre contigo.

Aunque tú no estuvieras.

Esto es, mal que mal, lo que yo entiendo por amor.

EL TELEFONO

De pronto la joven de aspecto sobrenatural (juro decir la poesía, todo el amor y nada más que la belleza) se incorpora

trabajosamente del lecho (pero, ¡qué cámara más horrible e inmunda, y el cierzo colándose por unos hoyos de la pared, mientras un caballo al lado de la cama piafa voluptuosamente!), extiende una mano y toma el teléfono que suena con siniestro vaticinio.

—Amada mía, dice el caballero, amada mía, amada mía, tú eres mi única locura, mi última razón.

Y ella dice:

—Amado, caballero amado, caballero andante, caballero invisible, aún hay sol en las bardas, y tú eres...

La frase queda bruscamente cortada, para siempre rota, el teléfono (pero, ¿se puede llamar teléfono a este espectro de araña, espectro duro, cortante y lleno de tierra?), el teléfono se estremece como un paralítico.

Para siempre, es decir, pasarán los siglos...

—¡Cómo!, dice Raúl Silva Castro, ¿qué importancia tiene describir semejante conversación telefónica?

—La única importancia, dice el autor, es la de reproducir una de las pocas conversaciones amorosas que nos quedan del año 1134.

BIEN ENCANTADOR

Pacientes olas tejían en el invierno las palabras gastadas en la primavera. Las estrellas aseguraban que no nos amaríamos, que deberíamos separarnos para siempre, pero nosotros nos besamos y las estrellas tuvieron que acordar sus signos en el sentido de nuestro amor.

Tú domesticaste el cielo como quien hace un lecho con manos diligentes. Y desde entonces las estrellas dijeron que nos amaríamos para siempre, que no nos separaríamos nunca. Y sólo entonces (cuando las estrellas tuvieron la razón nuestra) ellas tuvieron razón.

LA NARANJA

La princesa Zoraida en el corredor del hotel, portando una naranja. No era una verdadera naranja, sino una maravillosamente imitada (no era un naranja verdadera, era una naranja

verdadera, es decir, era una naranja falsa, pero tan perfectamente imitada que parecía verdadera, pues habían imitado su misma cáscara, su misma pulpa, su mismo color, su mismo sabor y hasta las pepitas de una naranja). En cuanto a la princesa Zoraida, todos sabían que la cuerda, desgraciadamente, le concedía sólo quince minutos de existencia, una vez al mes, pues temían los encargados de ponerla en marcha que se pudiese gastar el precioso mecanismo.

Por dicha razón, a pesar de las lágrimas y de las súplicas de la princesa, eran implacables al racionarle el tiempo, y únicamente teníamos el placer de verla de tarde en tarde, flechando corazones con sus ojos aterciopelados, aunque pareciera que ella a nadie veía, acariciando con sus manos aquella naranja que, de tan natural, parecía falsa.

EN LA NOCHE DE JADE.

En la noche de jade una estrella reina en poesía. La Reina Negra puede blandir su decreto amenazante y ordenar que se la decapite. Mas, si esta estrella tan solo es luz, ¿de qué tinieblas cortarán su garganta?

Entre esa estrella y tu frente (esta playa, este arrecife donde aún se conserva la leyenda del velero de plata), entre ambas un "acuerdo" se establece.

Astrólogos inclinados sobre sus verídicos compases podrán anunciar la aparición mágica de esa estrella en tu frente. Pero a mí me basta su luz.

Y nada más por esta noche de jade.

EL RIO AMOR

La semana más corta del año atravesaba el puente más largo de la vida.

Este cerezo tenía una singular manera de enfrentar al amor. De cada día de la semana aprovechaba el número de máximas suficientes que le permitieran leer con provecho el diccionario, nunca más de siete páginas por año.

El puente, en cambio, se preocupaba más que nada de hacer

volar los sombreros y las faldas, y decía con voz de molino que el tiempo sólo era bueno para los emperadores.

Volvía entonces el cerezo a gimotear, volvía a repasar las páginas ya leídas del diccionario, volvía a deleitarse con la palabra amor (río de la China), antes de llegar a la gran muralla.

El agua del río amor, una barca de juncos y un cerezo: esto era muy poco para constituir una máxima, pero era bastante para comenzar un nuevo amor.

LOS PUNTOS CARDINALES

—Seno (no reno), seno. Seno, con S de sur, con E de este, con N de norte, con O de oeste.

—Seno, los cuatro puntos cardinales, como un trineo arrastrado por renos.

EL CERRO CARACOL

Una hoja de calendario, el mes de julio de 1929, y esta hoja colgaba de la pared como un cuadro, bajo vidrio, y enmarcada fastuosamente. Nadie había penetrado en la sala, pues nadie conocía su existencia. Salvo yo, que permanecía estúpidamente inmóvil frente a la hoja del calendario. La habitación estaba envuelta en penumbras, pero la hoja era luminosa, e irradiaba un fulgor de luciérnagas hasta permitirme ver los muebles y las otras paredes revestidas con estantes llenos de probetas y manuscritos.

Una noche, y de esto hace ya treinta años, fue Berenice quien me indicó la manera de entrar a esta sala secreta del castillo.

—Ahí encontrará la explicación de la extraña ausencia del príncipe —me dijo.

Pues este príncipe había desaparecido, después de un enmarañado asunto amoroso en que se vio envuelto con una dama danesa, mujer del embajador en aquel país.

Algunos historiadores escrupulosos en las fechas sitúan estos amores en el año 1134, pero otros más escrupulosos aún,

sostienen que esta fecha corresponde a la desaparición del príncipe. Y hay todavía un tercer grupo de historiadores que asegura que ese año 1134 es, conjuntamente, el de los amores y el de la desaparición. ¿Un dragón, un jabalí, un embajador, un capricho suyo, una retirada estratégica? Nadie lo supo nunca.

Y Berenice añadió, para mi información, que el manuscrito en que se consignaba la verdadera razón de este extraño desaparecimiento se conservaba en tal habitación secreta del castillo, y me señaló la forma de entrar en ella.

Esta conversación nuestra tuvo por escenario el bosque que rodeaba al castillo, una noche de invierno de 1929. Sin embargo, yo no presté entonces debida atención a las palabras de mi joven amiga y, a la verdad, no me explicaba el apasionado acento que Berenice empleaba para inducirme a leer esa complicada historia del siglo XII.

Me separé de ella, y sólo muy avanzado el día siguiente el grupo de cazadores y amazonas vino a descubrir el cadáver de Berenice. Al parecer, la joven permaneció toda la noche en el bosque, bajo un tiempo inclemente. Y mientras Berenice aguardaba (¿aguardaba qué?) las horas pasaron, el frío se hacía más intenso, el bosque se escarchaba, y su cuerpo se iba convirtiendo en estalactitas de sangre, a la manera de esas mujeres que ha pintado Jacques Herold.

Y no fue entonces cuando penetré al cuarto secreto del castillo. No fue entonces, en 1929. Nada quería saber entonces de tanta muerte, de tanta ausencia.

Pero treinta años después, y aquí un paréntesis (un grupo semejante de cazadores y amazonas se hallaba reunido en el patio del castillo, esperando la señal para comenzar la carrera cinegética; los ladridos de los perros, el piafar de los caballos y los roncós y agudos sonidos del cuerno se mezclaban confundidamente con las conversaciones, risas y cantos de los impacientes expedicionarios), cerrado el paréntesis, treinta años después, repito, me decidí de súbito a desertar de la cacería, a cruzar ese muro y a penetrar en la habitación secreta del castillo.

Ahora quería saberlo todo, saber la historia de esa dama danesa del siglo XII y la de aquel príncipe que enloqueció sú-

bitamente al ver el cuerpo de su amor, ya sin vida, en aquel sombrío recinto del castillo.

Al entrar a ese sombrío recinto me sentí atraído, desde el primer momento, por esa hoja de calendario, el mes de julio de 1929, la que colgaba de la pared como un cuadro, bajo vidrio, y enmarcada fastuosamente: luminosa hoja, con un fulgor de luciérnagas pretéritas.

Y entonces, cual si brotara de su misma juventud, una mujer se desprendió de la hoja del calendario, y se irguió ante mí, como un susurro. Me acerqué a ella, pronunciando su nombre, enloquecido:

—Berenice, Berenice.

Ella vestía un traje de amazona, y se tocaba con un pequeño sombrero de cintas verdes.

Y supe que la explicación de la desaparición del príncipe y de la dama danesa estaba en nosotros mismos. Y ya nunca más pude salir de la habitación secreta del castillo, es decir, de este misterioso bosque que puebla el cerro Caracol, bosque de pasado, presente y porvenir en una sola hoja, la que hemos visto revolotear sobre nuestra alma y sobre nuestro cuerpo, con la eterna nostalgia de las cosas que por fin han sido aclaradas.